



RETORCIDA



14 de febrero de 1965. La chica pelinegra llegó a casa después de un largo día de trabajo en: su taller de cerámica, el cual era el más prestigioso de toda la ciudad. Al dejar sus cosas en el suelo del salón debido al cansancio, la joven se dirigió hacia la cocina y miró a su derecha: “San Valentín”, leyó en el calendario. La muchacha suspiró al recordar que hoy había quedado con su enamorado para celebrar el día de los enamorados.

Al agarrar el teléfono para llamar a su amado, le empezó a doler la cabeza y eso la irritaba, pero se armó de valor y de las últimas energías que le quedaban para marcar el número y pensar en planearlo todo.

—¿Diga?— resonó una voz grave, pero seria.

— Hola, Oliver. Soy yo, Alice - respondió la muchacha al teléfono.

— ¡Ah! Hola, Alice. Oye, sigue en pie lo de ir a tu casa, ¿cierto?— se cuestionó el hombre.

— Claro, solo llamaba para decirte que ya he llegado del trabajo y que puedes venir cuando quieras.

— De acuerdo, ahora salgo de casa.— la voz del joven sonaba ligeramente más serena que antes.

— Vale, aquí te espero.— Alice se despidió y colgó para empezar a cambiar su ropa del trabajo a una más casual, pero elegante. La cual complementaba la decoración que había preparado. Al cabo de unos 25 minutos, el joven entró por la puerta, se le notaba ligeramente tenso a decir verdad. La joven no tardó mucho en percatarse de ello, pero no le prestó mucha importancia. Lo único que ella quería en ese momento era poder descansar plácidamente, instante el cual no tardó en llegar.

Eran alrededor de las 4 de la madrugada cuando la joven se despertó. Por lo que parecía, su amado también se encontraba despierto, pero se le notaba muy histérico: respiraba agitadamente, tenía una expresión de rabia en su rostro... La joven se percató de la situación de su querido y quiso ayudarlo, a lo cual llevó a ella tocándole el hombro.

Pero antes de que ella pudiese reaccionar, el hombre la agarró bruscamente de los brazos y empezó a torcérselos de manera que sus juntas de dichas extremidades se torcieran y petaran. La joven gritó de dolor hasta que sintió que sus pulmones iban a explotar en pedazos. Antes de que pudiera detenerle, el hombre realizó la misma acción en sus piernas, tobillos, cuello, muñecas, incluso cabeza...

Por alguna razón, la joven cayó inconsciente, pero después de unos 15 minutos, el cuerpo moribundo de la misma se levantó de la cama y empezó a retorcer todas sus extremidades de nuevo hasta que quedaron ligeramente colocadas en su sitio. La chica sonrió al ver el cuerpo del hombre que acababa de desmembrar parte por parte, órgano por órgano, gracias a la motosierra que tenía en las manos. La joven se agachó y recogió cada órgano del muchacho para colocarlos en sus jarrones de cerámica mientras tarareaba una nana. Todavía recordaba aquel día infernal, pero comenzó a reírse tan pronto como recordaba los gritos del hombre, siendo desmembrado parte por parte...

